

Aunque la gente y una porción de médicos crean otra cosa, en medicina sucede lo que en todas las profesiones; hay profesionales buenos y malos, y en medicina por desgracia, el contraste es mucho, muchísimo mayor. Hay médicos buenísimos, pero hay otros que llamarles malos, es hacerles un señalado favor, porque no son malos, son peores, son malísimos, son pésimos; y con una agravante, que se les curan también los enfermos que visitan, porque como digo a todas horas, la casi totalidad de los enfermos se curan solos, y no solamente solos, sino aunque hagamos con ellos cuantas barbaridades puedan concebirse. Una de las cosas más difíciles que he visto en el mundo es morir. Ya tendré ocasión de exponer algunos casos demostrativos de esta verdad. Resultado de estos vicios, defectos o inconvenientes de la medicina, es, que los médicos malos se codean con los buenos muy ufanos, tan ufanos que a veces hasta se truncan los papeles y la gente toma por bueno al más malo y ramplón, y viceversa. Claro que esto sucede un mes, un año o un lustro, porque al fin, el tiempo, supremo juez en este mundo, se encarga de poner las cosas en su punto; aunque muchas veces cuando el malo es conocido, ha tenido tiempo de *hincharse* de dinero y ya, ¡que le tosan! A este propósito y para demostrar esta verdad, no puedo sustraerme a referir un cuento que leí en una ocasión y que tan grabado quedó en mi cerebro que aún no he olvidado.

En una Capital de primer orden, ejercía un médico que por su honradez, por su austeridad y por sus vastísimos conocimientos gozaba de fama universal. Para recibir y dar número a su numerosa clientela, tenía a su servicio un criado al parecer bastante listo. Al cabo de algunos años este fiel servidor, que iba teniendo mayores aspiraciones, se despidió de su amo, cosa que contrarió al Dr. que dudaba encontrar otro que pudiera sustituirle.

Pasó el tiempo y cierto día, en la mesa del más lujoso hotel de una capital de primer orden, donde se hospedaba el Dr. que había sido llamado para asistir a un personaje, se encontró con un comensal, cuya cara no le era desconocida. Por su parte dicho comensal, de porte elegante y distinguido, también debía conocer al Dr. puesto que le miraba con insistencia. Dicho comensal, una vez terminada la comida y antes de marcharse el Dr. le detuvo dirigiéndose a él en estos términos:

—Usted no me recuerda, Dr.?

—Sí, quiero recordarle—contestó el Dr.—Pero no caigo en este momento. Y es lo raro que su cara me parece muy familiar.

—Y tan familiar—replicó el desconocido.—Yo soy Fulano.

—¿Cómo!

—¡Fulano, sí señor. El criado que tuvo V. tantos años.

—¡Es cierto! Ya recuerdo. Pero cómo está transformación? ¿Has heredado? ¿Te ha tocado la lotería?

—¿Cá, no señor. Vivo de mi trabajo.

—¿Sí? Y en qué trabajas, que tanto te produce.

—No sé cómo decírselo, Dr...

—¡Qué! ¿Acaso?...—exclamó el Dr. con desconfianza.

—¡Oh! no. No se alarme. No es nada deshonoroso. Ejerczo la medicina. Soy curandero.

—¿Cómo! ¿Y hay quien te busque, para que tanto te produzca?

—Sí señor, me buscan y cobro muy bien.

Mientras esta charla, ambos se habían aproximado al balcón, eludiendo la curiosidad de otros huéspedes.

—No me explico,—exclamó el Dr.—que tan mezquina profesión pueda producir rendimientos para vivir con tanto lujo. Quién que pueda pagar, ha de buscarte a tí, que no sabes una palabra de medicina?

—Muchos. Cuántos, de esos miles de seres que cruzan la calle,—dijo aproximándose al balcón—cree V. que tienen sentido común, Dr.?

—Muy pocos, poquísimos.

—Pues esos pocos son los clientes de V. Los demás, esa otra inmensidad de seres, son los clientes míos.

—Anda con Dios,—replicó el Dr.—que no sabrás medicina, «pero sabes vivir de los enfermos. Conoces a la humanidad. Ya me explico que vivas con lujo».

Moraleja del cuento y continuación de nuestro trabajo. La humanidad, que todo lo ignora y que por lo tanto cree que todo lo sabe, tiene el defecto de creer sabio únicamente a aquel que le adula, aunque sea un adoquín mayor que una montaña.

Constantemente vemos en casi todas partes, principalmente en los pueblos, clamar por un buen médico. Todos están descontentos, por lo general, del médico que tienen; todos piden un buen médico. En honor a la verdad, casi tienen razón. Cazar un buen médico es empresa más difícil de lo que muchos creen. Pero como también es cierto que hay bastantes médicos buenos, vamos a suponer que uno de estos llega a un pueblo. Ya tienen un buen médico. ¿Qué pasa?

Pues lo primero que pasa, es, que si el médico es competente y tiene conciencia, tiene que empezar por desterrar las costumbres bárbaras que hay en los pueblos para tratar a los enfermos; y si además es serio y digno, tiene también que evitar que los pobres enfermos sirvan de mofa y comidilla entre las comadres, teniendo por lo tanto que rehuir darse pisto hablando de medicina ante gentes incultas, contándoles bulgaridades y patrañas, que es todo lo que de medicina puede contarles; y sobre todo, y esto es muy importante, si quiere salvar algunas vidas, tiene que ser el director de la enfermedad, no visitando cuando y como quiera la familia, sino como y cuando reclame la enfermedad, porque tiene que visitar a muchos y por lo tanto, para ser útil tiene que ordenar su trabajo con arreglo a las necesidades de los enfermos, no de los caprichos de na-

die. Esta es la medicina digna, noble, honrada, útil y científica. Si la medicina se ejerciera así, la medicina sería una ciencia.

Pero vamos a la práctica: Visita este médico un enfermo, lo reconoce, reúne síntomas, los relaciona, medita sobre ellos y se dispone a formar juicio, como y cuando pueda. Enseguida pregunta un familiar o un extraño: «¿Qué tiene Dr.?» Si el médico es como debe y aún no ha formado juicio, contesta: «No se, aún no he podido formar juicio.» El que preguntó se asombra y dice para su capote: (¡Atíza! ¡No sabe lo que tiene!). Si el médico formó juicio, contesta por ejemplo: «Pues tiene una Espleno-neumonía de Grancher».

—Y eso que es, ¿una pulmonía o qué?—pregunta otra vez el familiar.

—No señor,—contesta el médico—Eso es una enfermedad que para poder usted comprenderla, necesita seis u ocho años, porque le haría falta estudiar la Carrera toda de Medicina... (Silencio y asombro del interrogante, quien pregunta a continuación)

—Volverá V. luego a verlo, verdad Dr.?

—No, no es preciso. Ya no volveré hasta mañana.

—D. Fulano hacía siempre dos visitas y algunas veces tres—replica el interlocutor sin poder contenerse.

—Pues yo no hago visita por la tarde más que en los casos que juzgo de necesidad. El tiempo que había de invertir en hacer visitas inútiles, lo necesito para descansar y leer medicina. Así soy mucho más útil a los pobres pacientes. Vaya, hasta mañana. Que no dejen de cumplir lo que he dispuesto. Sobre todo, nada de gente en la habitación, la ventana abierta que se renueve el aire y mudarle la ropa de cama todos los días.

Se marcha el médico y empiezan los comentarios.

—No decían que era tan buen médico?—exclama uno.

—¡Pues no quiere que tengamos abierta la ventana! dice otro.—

—¡Y no dice lo que tiene.—alude un tercero.

—Si no lo sabrá ¡Cómo lo va a decir!

—Ya decía yo—interrumpe una comadre—que este hombre no era lo que decían. En casi todas partes dice que no ha formado juicio. Ni más ni menos que D. Cenón. En cuanto veía un enfermo, ya nos estaba diciendo lo que tenía. ¡y al cabo se equivocaba! A mi marido lo vió y enseguida le echó el fallo. No se me olvidará, «Se muere—dijo—Es pulmonía con dolor de *costao* y algo de ataque al cerebro», y se murió. Y cuidao que hizo por salvarlo. Cinco sangrías, cuatro docenas de sanguijuelas; vomitivos, purgantes, píldoras pa la calentura. Todos los días seis o siete visitas. Pero vino derecha y na. Lo que dijo el hombre en la primer visita. Aquel era un médico, pero este... Será muy bueno, pero yo no lo quiero.

Resumen. Que este pobre médico, con toda su ciencia, con toda su honradez,